

LA MUERTE DEL ABUELO

Por: Héctor Ceballos Garibay

Se llamaba Valente, y su nombre y apellidos están grabados con letras doradas en la caja fuerte que, como bella reliquia, adorna un rincón de la biblioteca paterna. Era alto y moreno, de boca carnosa y nariz prominente; un hombre que infundía respeto por su elegancia (siempre vestía traje y corbata) y por su don de gentes.

En los difíciles tiempos de la revolución, Don Valente se ganaba la vida como arriero. Y así, llevando sus animales por toda la región no sólo conoció pueblos y ciudades, sino que experimentó en carne propia las mieles y las desdichas de este mundo. Ciertamente, en esa mirada triste y noble se dilataba toda aquella inmensa sabiduría acumulada, como santo y seña en las arrugas de la piel y en su pelo blanco.

Pronto vinieron tiempos más venturosos y el abuelo, hombre esforzado y de buena estrella, adquirió un patrimonio sustancioso a través de la compra de ranchos y otras propiedades. Estos recursos económicos, ¡cosa curiosa!, los perdió Don Valente al incorporarse a los meandros de la política como Jefe de Hacienda del municipio de Uruapan. A diferencia de la mayoría de los políticos que se enriquecen a la sombra de los puestos públicos, mi abuelo salió del gobierno empobrecido y con una úlcera lista para ser operada. Además de descuidar sus negocios particulares, Don Valente se negó con tenacidad a robar el dinero del pueblo y, a costa de su salud y buen humor, también impidió que la mafia de sus subordinados lucrara con el erario.

El destino, caprichoso en exceso, lo favoreció cuando, en 1943, hizo erupción el volcán Parícutín. Este suceso azaroso, sumado a la inteligencia natural de Don Valente se amalgamaron en una idea luminosa: convertir la casona familiar en el Hotel Villa de Flores. Así pues, gracias al incesante turismo atraído a Uruapan por el fenómeno geológico, comenzó una nueva época de bonanza económica y la consolidación definitiva del abuelo como un personaje distinguido de la ciudad.

No obstante su actividad empresarial exitosa y el hecho de haber sido en dos ocasiones presidente municipal, Don Valente siempre me pareció un ser contenido en sus emociones y de pocas palabras; detrás de su rostro impassible y taciturno aparecía la sapiencia del hombre que sabe llevar con humildad su benigno paso por la vida. Incluso en sus momentos más gratos, cuando oía absorto sus discos de ópera, o cuando la tropa familiar madrugábamos para llevarle mañanitas en ocasión de su onomástico, Don

Valente apenas si esbozaba con timidez una sonrisa. ¿Acaso su desdichada infancia le había robado la capacidad de manifestarse con júbilo? ¿O tal vez fuera que, ya convertido en señorón, en anciano venerable, esperaba con suprema serenidad el advenimiento de la muerte? No lo sé.

Aquel primero de noviembre de 1971, la familia en pleno fuimos convocados de urgencia a la última cita con el abuelo. Uno tras otro, los parientes cercanos llegaron y se arremolinaron en torno de la cama de Don Valente, que ya para entonces agonizaba víctima de arterosclerosis. A pesar de mis escasos trece años pude colarme y alcanzar la cabecera, desde donde podía verlo a corta distancia. Nada, ni los tubos de oxígeno conectados a su nariz, ni su boca exangüe y lívida me impresionaron tanto como aquella lenta, tortuosa y masoquista espera del último suspiro.

Los ahí presentes parecían resignados a la inmediatez del funesto desenlace, y guardaban sigilosa compostura; pero yo, inexperto ante el sufrimiento, no pude aguantar un instante más y solté un llanto compulsivo. Rápidamente me sacaron del recinto y fui llevado al jardín de la casa en donde se encontraban jugando los otros niños. Pude tranquilizarme, en efecto, aunque no por mucho tiempo. Habrían pasado una o dos horas cuando, finalmente, oímos a lo lejos el estruendo de voces y alaridos que anunciaban el silencio eterno del abuelo. De inmediato corrí en busca de mis padres, y al voltear rumbo a la habitación del muerto me topé de pronto con la imagen impactante de mi primo Carlos Sepúlveda quien, ahído de dolor, le propinaba un terrible puñetazo a la pared.

En la habitación reinaba la confusión: unos lloraban y se consolaban, otros hacían los preparativos de rigor: había que vestir al difunto, redactar las esquelas, avisarle a los amigos, preparar el velorio y mil cosas que, por momentos, nos llevaban a olvidar lo dramático del acontecimiento. Entre abrazos y lloriqueos me acerqué temeroso al cuerpo inerte de Don Valente. A su lado se encontraba mi madre. Ella, con voz muy dulce, me dijo: “Anda, dale a tu abuelito un beso de despedida”. Sentí un escalofrío que me enmudeció por completo. Sin responderle, me cobijé con su cuerpo a manera de disculpa. Sí, paralizado por el miedo y la inexperiencia propia de mi edad, no quise guardar en mis labios el recuerdo de la piel fría del abuelo: Valente Garibay Palafox.